

II

PARADOJAS DE LA RIQUEZA/POBREZA
DE TIEMPO EN EL CAPITALISMO

Araceli Damián

RESUMEN

En el presente capítulo se discuten algunas de las razones que explican la paradoja entre la reducción de la extensión de la jornada laboral y la escasez de tiempo libre. Se aborda cómo el actual sistema de producción conduce a la generación de una sociedad escindida también por el recurso tiempo, creando una pobreza de tiempo que se combina con una pobreza material y de ingreso.

Palabras clave: pobreza de ingreso, pobreza de tiempo, desarrollo.

THE PARADOX OF WEALTH AND POVERTY
IN THE TIME OF CAPITALISM

ABSTRACT

This chapter discusses some of the factors that explain the paradox between reducing the length of the work day and the scarcity of free time. It addresses how the current system of production has led to a society split over the resource of time, creating time poverty, alongside material and income poverty.

Key words: Income poverty, time poverty, development.

POBREZA, DESIGUALDAD Y EL RECURSO TIEMPO EN EL CAPITALISMO

Nuestra especie se ha desarrollado a lo largo de más de dos millones de años gracias al esfuerzo del trabajo humano. La escasez absoluta de los recursos necesarios para la sobrevivencia ha sido lo que caracteriza la existencia humana. En el devenir histórico, la apropiación desigual de los recursos y de la riqueza ha provocado que la vida de las capas más bajas de la sociedad se encuentre constantemente en riesgo debido a dicha escasez. Pero, como plantea Bolívar Echeverría (2006), ésta desde hace tiempo ya es una escasez artificial; la técnica ha logrado “dominar” las fuerzas de la naturaleza, lo que significa que el fruto del trabajo humano permitiría a toda la población tener lo necesario para llevar una vida sin las limitaciones materiales, lo que idealmente conduciría a que se desarrollen todas las capacidades y potencialidades humanas.

La posibilidad que tiene el sistema capitalista para proveer los medios necesarios para una vida plena para todos se hizo evidente durante la Primera Guerra Mundial, cuando una parte importante de la fuerza de trabajo tuvo que ser ocupada en las actividades relacionadas con la guerra (fabricación de armamento, logística, propaganda gubernamental y combate), pero se mantuvo la producción de bienes requeridos para la vida diaria, a tal grado que:

el nivel de bienestar físico de los trabajadores asalariados no calificados fue más elevado que antes de la guerra o de lo que alguna vez lo fue [...] La guerra mostró de manera conclusiva que, mediante la organización científica de la producción, es posible mantener a la población en un confort aceptable con una pequeña fracción de la capacidad productiva del mundo moderno (Russell, 2007[1935]: 6).

De igual forma, durante el periodo que se conoce como la era dorada del capitalismo (1945-1970) se concretizan diversos beneficios logrados mediante el desarrollo de la técnica y las luchas obreras. La jornada de trabajo se redujo significativamente y el nivel de vida de los trabajadores les permitió vivir en algunos países, sobre todo en los llamados desarrollados, en un estado aceptable de confort. Sin embargo, estos beneficios no fueron distribuidos de manera homogénea en escala global y con las crisis económicas iniciadas en los setenta se produjo una merma de los logros obtenidos por los trabajadores.

Persisten actualmente elevados niveles de pobreza, aun en los países ricos.¹ Además, se generalizaron de nuevo, formas de explotación de la fuerza de

¹ En 2005 había 2 500 millones de pobres extremos en los países denominados subdesarrollados, población que corresponde a los que tenían un ingreso menor a dos dólares con cincuenta

trabajo con largas jornadas laborales y bajos salarios. Esto obliga a las familias de los trabajadores a dedicar una cantidad considerable de tiempo para generar ingresos, agotando sus recursos disponibles para el trabajo doméstico y demás actividades asociadas con la reproducción de la fuerza de trabajo, lo cual a su vez reduce el tiempo disponible para la educación y el ocio. Debemos considerar que en diversos países del orbe occidental, sobre todo de Europa, el nivel de pobreza ha aumentado rápidamente en los últimos años, como consecuencia de un nuevo periodo de inestabilidad económica, iniciada con la crisis de 2008.

La desigualdad, por su parte, se exacerbó a lo largo de todo el siglo pasado. De acuerdo con Pogge (2009), en 1820 la relación entre el ingreso del 20% más rico y el 20% más pobre del mundo era de 3-1; en 1913 la diferencia se eleva de 11-1 y, a finales del siglo pasado (1997), llegaba ya a 74-1. El grado de concentración del ingreso también fue brutal si consideramos que, de acuerdo con este autor, en la última década del siglo pasado las personas que vivían en los hogares más pobres del mundo, y que representaban 43% de la población mundial, concentraban sólo 1.1% del ingreso global; en cambio, las que habitaban en los países más ricos constituían 16% del total de la población y concentraban 80.5% del ingreso.

En los últimos años la desigualdad ha ido creciendo de manera acelerada si consideramos que, según el *Reporte Mundial de la Riqueza* (Capgemini y Merrill Lynch, 2011: 4), en 2010 los 11 millones de ricos más prósperos del mundo (que representan alrededor de 0.15% de la población mundial) habían recuperado las pérdidas provocadas por la crisis de 2008 y su fortuna sobrepasaba la que poseían en 2007.² Krugman (2013), por su parte, señala además que la naturaleza de la desigualdad se ha transformado si consideramos que en Estados Unidos y otros países del orbe ésta aumentó por décadas, sobre todo

centavos por persona al día (Chen y Ravallion, 2008). Este dato no incluye a los pobres que viven en el mundo desarrollado, que si bien pueden tener ingresos más altos, éstos no son suficientes para llevar una vida digna de acuerdo con los parámetros de las sociedades en las que viven. Por otra parte, señala Pogge (2009), las muertes causadas por la pobreza de 1990 a 2005 ascendían a 300 millones, cifra muy superior a la suma de muertes ocurridas durante los periodos de conflagración y exterminio más atroces de la historia contemporánea. Adicionalmente, 925 millones sufrían desnutrición aguda, 2 000 millones no tenían acceso a medicamentos básicos, 1 200 millones no tenían acceso al agua potable, 1 000 millones habitaban una vivienda inadecuada, 2 000 millones carecían de servicios sanitarios adecuados y 800 millones de adultos eran analfabetos.

² La fortuna de los millonarios más ricos del mundo ascendía a 42.7 billones de dólares, en comparación con los 40.7 billones que tenían en 2007.

como resultado de las diferencias en los ingresos entre los trabajadores. En cambio, a partir de año 2000 la proporción que representan los salarios frente a las ganancias se redujo fuertemente, lo que implica que son los dueños de los medios del capital quienes se han apropiado de manera creciente del producto del trabajo en los últimos años. Esto muestra que ha ocurrido un desequilibrio en la relación de poder entre trabajadores y capitalistas.

Nos interesa resaltar aquí que hay claros indicios de que se ha retornado a las viejas formas de explotación, en las que el capital busca alargar la jornada laboral, reduciendo el tiempo disponible para el trabajador, así como las prestaciones asociadas al empleo. De esta forma, con el recrudecimiento de las políticas de corte neoliberal en materia laboral las jornadas de trabajo se han hecho más extensas en algunos países, incluyendo los desarrollados. Según algunos estudios, aunque en el periodo 1960-1990 el tiempo libre de hombres y mujeres había aumentado ligeramente en 20 países desarrollados, para finales de los noventa ese tiempo se contrajo a niveles similares a los observados a principios de los años setenta (Burchardt, 2008: 13). Por otra parte, en los países “menos” desarrollados no se han logrado las condiciones de trabajo con los mínimos legales aceptados en los países “más” desarrollados y por tanto la explotación de la fuerza de trabajo es en muchos casos extrema.

Otros de los fenómenos que han agudizado recientemente las formas de explotación es la implantación de horarios de negocios abiertos al público las 24 horas, los siete días de la semana. Si bien esta nueva tendencia impulsó el empleo en Estados Unidos durante la administración de William Clinton, esta medida tuvo serias repercusiones en términos de disponibilidad de tiempo para realizar actividades fundamentales para el desarrollo social y familiar. De acuerdo con Jacobs y Gerson (2004), en ese país las personas que trabajan de noche o los fines de semana pasan menos tiempo con los menores de edad y con el resto de la familia, en comparación con quienes trabajan en horarios convencionales, lo cual relacionan con algunas patologías sociales o individuales (delincuencia, desintegración familiar, deserción escolar, depresión, angustia, etcétera), que frecuentemente se atribuyen a la falta de ingresos, pero que en este caso están ligadas a la falta de tiempo para el cuidado, la convivencia y el desarrollo de actividades que fortalezcan la autonomía psíquica y emocional de los menores, así como para el cuidado de la salud y el descanso de las personas involucradas en este tipo de trabajos.

Surgen también constantemente denuncias en torno a formas de explotación extremas que afectan tanto a hombres como a mujeres y niños. Según datos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), se estimaba que en el año 2004, en escala mundial, 20 de cada 100 niños de 5 a 17 años de edad

participaban en la producción de bienes y en la prestación de servicios destinados al mercado. Entre los 5 y los 14 años de edad la tasa de participación económica mundial ascendió a 15.8%.³ La región del mundo con mayor tasa de trabajo infantil es el África Subsahariana (26.4%), seguida por Asia y el Pacífico (18%), por otras regiones (5.2%) y por América Latina y el Caribe (5.1%) (información citada en Instituto Nacional de Estadística y Geografía, INEGI, 2012a: 2). En México, la tasa de ocupación infantil es más elevada que el promedio en América Latina, ya que en 2011 se ubicó en 10.5% (14.1% la masculina y 6.8% la femenina), llegando a 23.8% entre los menores de 14 a 17 años de edad (INEGI, 2012b).⁴

En algún momento se pensó que el desarrollo de nuevas tecnologías, incluyendo la de informática, haría más fácil el trabajo y aumentaría el tiempo disponible para el ocio en la sociedad. No obstante, de acuerdo con Woodhouse (2007: xx) estas tecnologías

ahora son utilizadas para incrementar la productividad mediante el monitoreo de los niveles de trabajo y la duración de la jornada de trabajo. En lugar de extender las oportunidades para el tiempo libre (descanso), éstas han incrementado el trabajo para los que lo tienen, mientras que obligan a la desesperada inactividad de un número creciente de desempleados.

En efecto, la forma como se ha dado el desarrollo tecnológico y la apropiación del tiempo de trabajo en el capitalismo han producido una escisión entre la población adulta con y sin empleo. Para Russell, aunque el nivel de desarrollo técnico ha permitido que el trabajo humano sea cada vez menos necesario para la producción de bienes de consumo cotidiano, se impuso la moral del Estado Esclavista (mayúsculas en el original). Para este autor, los resultados fueron desastrosos: con el nivel de desarrollo alcanzado existe el mismo tiempo de ocio que habría si se redujera de manera generalizada la jornada de trabajo a sólo cuatro horas. Pero esto no ha sido así, tenemos que:

³ De acuerdo con Pogge (2009) una proporción importante de los niños que trabajan por un salario se ven forzados a realizar actividades pesadas, además de que se encuentran sometidos a las peores condiciones de trabajo, que involucran esclavitud, trabajo forzado, reclutamiento forzado en conflictos armados, prostitución o pornografía, o en la producción y tráfico de drogas.

⁴ Adicionalmente, según el China Labor Watch (2012) a la fuerza de trabajo infantil (menor de 18 años) en las fábricas de Samsung y otras transnacionales de la informática se le obliga a mantener el mismo ritmo de trabajo que los adultos, su contratación se da mediante mentiras y extorsión, utilizando identidades y de trabajadores previamente contratados o falsas.

la mitad de los hombres están totalmente sin hacer nada mientras que la otra mitad trabajan en exceso. De esta forma, cuando el ocio es inevitable sólo causa miseria en lugar de ser una fuente de felicidad, ¿puede ser imaginado algo más insano? (2007 [1935]: 7).

La nueva escisión social entre los con y sin trabajo resulta del “constante reemplazo y –si es posible– la supresión lisa y llana de la mano de obra” (Bauman, 2000 [1998]: 103). Para este autor, a la nueva masa de población marginada del trabajo se le culpa de su falta de empleo y se le condena a vivir en la pobreza; por tanto, su tiempo libre se torna en un tiempo de frustración dentro de una sociedad altamente consumista.

Superar esta contradicción en el capitalismo permitiría sentar las bases para el florecimiento humano (Boltvínik, 2005), entendido éste como un estado del ser en el que los individuos se sienten satisfechos con su trabajo, concebido en su sentido antropológico, es decir, como una actividad vital del hombre (Markus, 1985 [1971], y Gorz, 1998 [1997]).

EL TIEMPO EN EL MARCO DEL DESARROLLO DE LAS NECESIDADES Y CAPACIDADES HUMANAS

La discusión sobre la conveniencia de incluir el tiempo en las medidas de pobreza está presente en América Latina desde el trabajo de Oscar Altimir (1979), quien estableció que “los hogares cuentan con el recurso constituido por el *tiempo* y las habilidades de sus miembros, que pueden aplicar a actividades remunerativas o a otros quehaceres, dentro del condicionamiento impuesto tanto por los mercados de trabajo como por el medio social” (p. 20, *itálicas añadidas*). Sostuvo que los hogares solventan sus necesidades mediante la aplicación de sus recursos (*tiempo*, habilidades, empresas o activos para generar ingresos o venderlos para financiar gastos de consumo) y del ejercicio de sus derechos (prestaciones de la seguridad social o acceso a los sistemas subsidiados de educación, salud y vivienda) (p. 21). Altimir afirmó que si bien “la medición de la pobreza sobre la base de una definición multivariada que tenga en cuenta diferentes dimensiones del bienestar es posible” (*Idem.*: 24), optó por un método de medición basado exclusivamente en el ingreso, argumentando que existen dificultades en la agregación de indicadores múltiples del nivel de vida en un solo indicador (*Ibid.*: 25). El método propuesto entonces por Altimir es el que actualmente sigue utilizando la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) para calcular la pobreza en la región.

En esa misma década, en Estados Unidos se creó un comité para elaborar propuestas alternativas a la oficial para medir la pobreza. Dos de los métodos propuestos incluían el tiempo, el de Vickery (1977) y el de Garfinkel y Haveman (1977). Estos autores buscaban identificar los hogares que padecían una pobreza de ingreso-tiempo y que al no ser reconocidos por los métodos tradicionales no se incluían en los programas de ayuda gubernamental. El principal motivo era, como estos autores manifiestan en sus textos, identificar a los hogares que eran pobres por ingreso debido a que trabajaban menos horas de las que potencialmente podían y que, por tanto, recibían apoyo gubernamental sin merecerlo. Aunque estas propuestas no sustituyeron la medida oficial de pobreza utilizada en Estados Unidos, otro comité las retomó, pero continuaron midiendo la pobreza únicamente con el ingreso de los hogares, a pesar de que se reconoció la veracidad del viejo adagio “el *tiempo* es dinero”, y que postuló que:

dos familias con similares recursos económicos pueden tener una vasta diferencia en su disponibilidad de *tiempo* que de alguna manera debe ser tomada en cuenta para determinar su bienestar material (Citro y Michael, 1995: 422, *itálicas añadidas*).

Piachaud (1987), otro de los grandes investigadores sobre temas de pobreza y bienestar, también abordó el tema, afirmando que los aspectos largamente ignorados en la definición y medición de la pobreza son el tiempo y la producción doméstica. De acuerdo con el autor

la pobreza es frecuentemente definida como la falta de recursos *monetarios*. El ingreso es normalmente definido como control sobre los recursos, pero por conveniencia este control es medido como ingreso monetario. Para fines de comparación entre distintas situaciones, el control sobre los recursos debería incluir una medida de producción doméstica –la cual depende del tiempo y las oportunidades– (p. 155).

Este autor no hace una propuesta concreta sobre cómo incorporar el tiempo en la medición de la pobreza, sino que deja el tema en una agenda de investigación futura.

Cabe destacar que en algunos casos el tiempo se ha introducido de manera subrepticia en la medición de la pobreza, aun cuando los mismos autores que lo proponen se percaten de ello. Encontramos esta situación en Townsend (1979), destacado sociólogo británico, quien propuso un índice de privación estándar para develar una línea “objetiva” de pobreza por ingreso, para identi-

ficar a los pobres.⁵ El índice lo elaboró con base en una encuesta con 60 indicadores, entre los cuales incluyó algunos relacionados con la disponibilidad de tiempo libre y con bienes que permiten ahorrar tiempo de trabajo doméstico.⁶ Townsend eligió 12 indicadores de privación social, con los que intentó develar de forma objetiva el nivel de ingreso en el que la privación aumentaba drásticamente a medida que bajaba el ingreso. De éstos, siete se refieren a actividades relacionadas con la disponibilidad en los hogares, tanto de ingreso como de tiempo libre, lo que muestra la relevancia de este último en la determinación de los estilos de vida. Por otro lado, el autor propone ampliar el espectro de recursos con los que se debe medir la pobreza más allá del ingreso corriente monetario y, aunque no utilizó éstos de manera operativa, nos invita a incorporar, por ejemplo, las diferencias en la calidad de vida de personas que cuentan con un parque cercano frente a otras que requieren desplazarse distancias considerables para pasear a sus menores, lo cual a su vez se relaciona con el tiempo.

Del enfoque de privación de Townsend se han derivado estudios más recientes realizados en Gran Bretaña (Nolany Whelan, 1996, y Gordon *et al.*, 2000) en los que se incluyen también preguntas sobre si los hogares cuentan o no con ciertos bienes ahorradores de trabajo doméstico o si realizan actividades relacionadas con el tiempo libre, incorporando la percepción de la gente sobre si consideran que son necesarios para la mayoría de la población. Además se establece si en los hogares entrevistados la falta de bienes o la no participación en las actividades descritas se debe a la falta de ingreso. Uno de los problemas de estos enfoques es que no captan cuándo la nula participación en ciertas actividades socialmente acostumbradas se debe a la falta de tiempo, más que de ingreso (o a ambas). Además, de estos estudios no se pueden derivar estándares de tiempo libre con claridad, a pesar de que a la mayoría de la población le parece fundamental contar con actividades relacionadas con aquél.⁷

⁵ Para Townsend los pobres son aquellos "individuos, familias o grupos de la población que no tienen los recursos necesarios para obtener los tipos de dieta, participar en las actividades, gozar de las condiciones de vida y tener las comodidades acostumbradas, o al menos ampliamente fomentadas o aprobadas, en la sociedad a la que pertenecen".

⁶ Por ejemplo, se indagó si el hogar tuvo una semana de vacaciones en los últimos 12 meses; si los adultos invitaron a algún amigo a casa en las últimas cuatro semanas; si salieron fuera con un amigo en ese mismo periodo y si han tenido una tarde o noche de entretenimiento en la última semana (Townsend: 250).

⁷ Entre los bienes y las actividades que se relacionan con la disponibilidad de tiempo y que se consideraron necesarios por la mayoría de la población en el estudio de Gordon *et al.* (2000) están: visitar a amigos o a familiares; celebrar ocasiones o fiestas especiales, como navidad; asistir a la escuela de los hijos en días especiales (día del deporte, por ejemplo); tener un *hobby*

Con un enfoque distinto, basado en el establecimiento de Canastas Normativas de Satisfactores (CNS)⁸ Whiteford y Hicks (1993) abordaron el problema de la falta de tiempo para el cuidado de menores y para el ocio en hogares monoparentales, y cuáles serían las consecuencias de considerar en las líneas de pobreza una compensación monetaria por la falta de ese tiempo. Los autores se basaron en una encuesta de presupuesto de tiempo y compararon las diferencias del tiempo dedicado al trabajo doméstico, extradoméstico y al ocio en ambos hogares mono y biparentales; con base en tales diferencias aseguraron que:

si una madre o padre soltero desea tener un estándar de vida modesto pero adecuado, y tener la misma cantidad de tiempo libre que disfruta una madre trabajando tiempo parcial en una familia biparental, entonces se requiere duplicar la tasa salarial estimada para obtener el mismo nivel de vida. Aun cuando esto ocurra, los niños en una familia monoparental seguirán teniendo sólo la mitad del tiempo que potencialmente un adulto puede dedicarles, en comparación con el que disfrutaban niños en familias con los dos padres presentes. Si la madre quisiera compensar a sus hijos por el efecto psicológico de pasar menos tiempo con ellos, entonces la tasa salarial tendría que incrementarse una vez más (pp. 234-235).

Uno de los problemas con esta propuesta es que los autores consideran que el tiempo para el cuidado de menores y el disponible para el ocio puede compensarse enteramente con ingreso, supuesto que hacen muchos otros economistas y que sin embargo es totalmente incorrecto. El contacto de los padres con los hijos y los beneficios derivados de éste difícilmente se podrán suplir con el pago de personal especializado, ya sea en casa o en establecimientos destinados al cuidado de menores.⁹ De igual forma, la escasez de tiempo

o actividad recreativa; tener lavadora de ropa; recoger a los niños de la escuela; tener una comida con amigos o familiares; tener televisión; realizar un asado o comida especial una vez a la semana, y disfrutar de vacaciones una vez al año. El estudio se basó en una encuesta representativa de hogares levantada en Gran Bretaña en 1998-1999. El criterio para que un bien o actividad fuese considerado como necesario fue que más de 50% de los entrevistados declararan que ningún hogar o familia en Inglaterra debería de carecer de éste.

⁸ El método de la CNS consiste en establecer un listado, con las cantidades de bienes y servicios que requiere un hogar para satisfacer sus necesidades así como conocer sus precios. Por lo general se incluye alimentación, vestido y calzado, vivienda y enseres domésticos, libros, actividades recreativas, etcétera (ver Boltvinik, 2005).

⁹ No se asume aquí que la convivencia con padres e hijos es siempre sana y mejor que cualquier otra solución. Sin embargo creemos que en la mayoría de los casos sí es lo más conveniente para el desarrollo sano del individuo.

para la convivencia con los amigos limita las posibilidades de interacción social, con la posibilidad de provocar aislamiento y angustia. Estos son algunos de los aspectos que no pueden compensarse con mayor cantidad de recursos monetarios, por lo que consideramos que las soluciones se deben plantear en términos de combinar un tiempo disponible más amplio para realizar actividades destinadas al sano desarrollo físico y mental de los individuos, con apoyos monetarios para facilitar la ocurrencia de esto.

En América Latina la única propuesta que se ha desarrollado para medir la pobreza de tiempo fue elaborada por Boltvinik (1992). En su método de medición integrada de la pobreza (MMIP), incluyó el índice de exceso de tiempo de trabajo (ETT), el cual identifica a los hogares que padecen carencia de tiempo para el trabajo doméstico, el extradoméstico, el estudio y en general las actividades relacionadas con el ocio, el descanso y el entretenimiento. Este indicador se combina con el ingreso antes de compararlo con una línea de pobreza y, una vez obtenido el indicador de ingreso-tiempo, se integra mediante una suma ponderada al indicador de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), que mide las carencias en distintos elementos determinantes del bienestar (vivienda, acceso a los servicios de salud y seguridad social, educación, entre otros), formando así el índice compuesto del MMIP.¹⁰

En años recientes se han desarrollado otras propuestas metodológicas para medir la pobreza de tiempo. Por un lado, tenemos la de Burchardt (2008), quien retoma a Vickery y aplica el procedimiento de Townsend para medir la pobreza relativa por ingreso a la determinación de normas de tiempo. Con un enfoque similar para la determinación de normas tenemos la propuesta de Goodin *et al.* (2008), quienes pretenden obtener un indicador basado exclusivamente en la carencia de tiempo, pero no lo logran, al tener que recurrir primero a la determinación de los requerimientos de ingreso.

La diferencia fundamental entre la propuesta de Boltvinik y las de otros autores (Vickery, 1977; Garfinkel y Havemann, 1977; Burchardt, 2008, y Goodin *et al.*, 2008) es que Boltvinik establece requerimientos de tiempo libre para todos los miembros del hogar, basándose en una concepción amplia del ser humano, donde se estima el tiempo necesario para educarse, descansar, convivir socialmente y tener la oportunidad de autorrealizarse y alcanzar el florecimiento humano, concepto que proviene de la filosofía analítica y que discutiremos más adelante. En cambio, los otros autores buscan maximizar el tiempo que los adultos pueden dedicar al trabajo doméstico y extradoméstico,

¹⁰ Para conocer el procedimiento ver Boltvinik (2005).

minimizando los requerimientos de tiempo libre. Para estos autores el ser humano es un ente económico que tiene frente a sí la "libertad" de trabajar (doméstica y extradomésticamente) todo el tiempo que sea necesario, aun cuando esto sea extenuante, a fin de escapar de la pobreza por ingreso. Sus desarrollos son de carácter bidimensional (ingreso-tiempo), dejando a un lado la privación que se puede detectar mediante la evaluación del bienestar medido con el método de NBI.¹¹ En el apartado siguiente discutiremos cuáles son los motivos por los que, desde el pensamiento económico dominante, se ha ignorado la variable de tiempo en los estudios de bienestar y pobreza. Como veremos, esta postura ha generado la creencia de que la única manera de superar la pobreza y aumentar el bienestar es mediante el incremento del nivel de producción global, dejando a un lado los problemas de distribución de la riqueza y de daños al medio ambiente.

EL RECURSO TIEMPO EN LA IDEA DE DESARROLLO

Por lo general, el bienestar se asocia con el concepto de utilidad o con la posesión de bienes, pero la utilidad no tiene una definición precisa, sino que se relaciona con condiciones o estados de la mente como los de felicidad, placer o la realización de deseos. Ante la imposibilidad de medir directamente la utilidad los economistas tradicionales basan sus modelos en el ingreso, suponiendo que es la variable que mejor representa a la utilidad. El concepto de bienestar también ha sido asociado con la posesión de bienes y desde esta perspectiva se asume que al incrementar el número de éstos se eleva el bienestar. En consecuencia, cada día se busca aumentar tanto el ingreso, como la producción, en una espiral sin fin, a toda costa. Sin embargo, esto no parece que necesariamente eleve el bienestar ya que, como plantea Gottlieb (2004: x),

existe evidencia abrumadora que [por arriba de un nivel de ingreso mínimo] una mayor riqueza no brinda mayor felicidad [...] Mientras que la productividad per cápita en el mundo desarrollado se ha inflado en los últimos cincuenta años, la felicidad parece de hecho haber declinado.

Linder (1970) intentó explicar por qué, a pesar de que se supuso que la eliminación de las preocupaciones materiales permitiría el desarrollo cultural,

¹¹ Para un análisis detallado véase Damián, en prensa.

en la práctica ni siquiera los individuos que han alcanzado la mayor opulencia económica han mostrado una propensión a dedicarse al ocio. De acuerdo con los señalamientos de este autor, los grupos sociales con ingresos altos gastan la mayor parte de su tiempo en el consumo suntuario e innecesario, mientras que las clases medias intentan emularlos.

Plantea que los economistas tradicionales supusieron que la utilidad se obtenía al momento mismo en que la oferta se cruzaba con la demanda de los bienes, es decir, al momento de la compra, y que el consumo era instantáneo. Conforme a esa perspectiva, nos dice el autor, se ignoró la necesidad de contar con tiempo para consumir el bien. Sin embargo, para que la utilidad (definida como el bienestar material y espiritual) se pueda alcanzar se requiere de este tiempo. Al incrementarse el número de bienes comprados, se aumenta también el tiempo requerido para consumirlos, pero la limitada disponibilidad de tiempo (todos tenemos 24 horas al día) significa que la opulencia resultante es parcial y no total y toma la forma sólo de acceso a bienes. La opulencia total, para Linder es, por tanto, una falacia lógica.

De esta forma, Linder se convierte en uno de los pocos economistas tradicionales que tiene interés en cuestionar la idea de que progreso significa abundancia. Además, el autor trata de poner en perspectiva las consecuencias humanas de tratar de incrementar la productividad *ad infinitum*, incluyendo el deterioro ecológico, todo ello a pesar de los rendimientos marginales decrecientes del ingreso.

Como consecuencia de ello, tanto las clases altas como las medias experimentan una fuerte presión mediática para adquirir más y más productos, aun cuando no los consuman. Linder asegura que, entre la posguerra y hasta los años setenta (año en que termina su estudio), los grandes capitales y las empresas publicitarias se unieron para imponer un ritmo de consumo muy por arriba de lo que un individuo promedio requiere para vivir modesta y dignamente. Los consumidores "racionales" continuaron la incesante búsqueda de un ingreso más y más alto para poder adquirir más y más bienes. Podemos decir que en la actualidad esta lógica se ha trasladado también hacia las clases bajas, a las que ahora el capital identifica como nichos de consumo de bienes baratos y de alimento "chatarra". En este punto, el autor coincide con Townsend, quien apuntó que "la lógica de la sociedad de consumo es formar a sus pobres como consumidores frustrados" (citado en Bauman, 2000 [1999]). Pero esta forma de consumo frustrado se ha transformado de un problema de accesibilidad a ciertos bienes como medida de éxito, a un acceso indiscriminado de bienes de consumo estandarizados y de baja calidad. Esta tendencia la hizo notar Harrington (1963 [1962]), quien señaló que los pobres

en Norteamérica tenían un salario bajo que no les permitía pagar viviendas adecuadas, dietas nutritivas y cuidados médicos, pero constituían el poverrío "mejor vestido" del mundo.

Linder lamenta que contrariamente al supuesto que plantea que la eliminación de las preocupaciones materiales permitiría el desarrollo cultural, en la práctica ni siquiera los individuos que han alcanzado la mayor opulencia económica han mostrado una propensión a dedicarse al ocio, propiamente dicho, en el sentido clásico griego. Para el autor esta situación ha llevado a que en nuestras sociedades existan sólo "algunos individuos talentosos y brillantes que han sido empujados a preferir una vida de pobreza a someterse a la desolación de la abundancia vacía" (Linder, 1970: 145).

Linder plantea que cuando el tiempo se incluye en los modelos económicos se llega a la conclusión de que los aumentos en el ingreso tienen una utilidad marginal decreciente, no porque se agote el deseo de consumir o de obtener mayor utilidad, como suponen los otros economistas tradicionales, sino porque se incrementa la escasez de tiempo para poder efectuar el consumo. Este supuesto llevaría a la conclusión de que existe un nivel máximo de consumo y que, por tanto, la idea de continuar con un crecimiento material constante a cualquier costo se podría replantear, lo cual rechazan los otros economistas tradicionales.

Para ampliar la discusión podemos retomar a Desai (2000), quien critica que los estudios del bienestar suponen que éste crece con la mayor posesión de bienes o ingreso, sin tomar en cuenta que existen algunos costos para que los individuos puedan llevar a cabo su actividad productiva y que no se toman en cuenta. Afirma que, en las medias agregadas del PIB o del ingreso, se pasan por alto aspectos tales como las inconveniencias que en lo individual acarrea el crecimiento de las ciudades. Esto ha provocado un aumento en el número de horas de traslado al trabajo y, por tanto, los individuos no pueden disfrutar actividades fundamentales para disfrutar del bienestar, tales como la interacción social. El aumento en las distancias al trabajo, sin la correspondiente reducción de las jornadas laborales, ha provocado la "individualización" de actividades que históricamente se habían llevado a cabo de manera colectiva, como la alimentación. Desai afirma que en el pensamiento económico tradicional no importa si la necesidad de alimentarse se realiza de manera individual, social o familiar. Sin embargo, comer acompañado, disfrutar de la compañía de otros es muchas veces más importante para el ser humano que el hecho de comer en sí mismo (dada una satisfacción mínima de la necesidad). Por lo tanto, para Desai el bienestar podría medirse en función del tiempo que los individuos pueden destinar a las actividades sociales.

La propuesta de Desai de medir el tiempo destinado a actividades sociales para determinar el nivel de bienestar la podemos ubicar dentro del conjunto de propuestas que ponen énfasis en la definición de necesidades humanas para establecer los niveles de bienestar. A ese conjunto pertenece también la propuesta de Maslow (1987 [1954]) en torno a la jerarquía de las necesidades humanas y la de Boltvinik (2005) de florecimiento humano.

Maslow (1987 [1954]) plantea que una vez satisfechas las necesidades fisiológicas (como el hambre), aparece en el individuo la necesidad de satisfacer otras de mayor jerarquía, como las de seguridad, afecto, autoestima y, finalmente, la de autorrealización. Así, una persona que carece de alimento, seguridad, amor y estima, sentirá sobre todo la urgencia del alimento, más que ninguna otra cosa: “es entonces justo *caracterizar* al organismo entero diciendo simplemente que está hambriento, puesto que la conciencia está casi totalmente vaciada por el hambre” (p. 17). Lo anterior no significa que todas las necesidades humanas estén ausentes al inicio de la vida, sino que ante la presencia de carencias agudas no se desarrollan las demás. Para Maslow (1943: 383) una vez satisfechas las necesidades de mayor potencia (pero de menor jerarquía), los individuos sienten la necesidad de “hacer lo que pueden y deben hacer, es decir, aparece la necesidad de autorrealización [es entonces cuando] podemos esperar la mayor (y más sana) creatividad”.

Una de las implicaciones de mirar la satisfacción de las necesidades de esta manera nos ayuda a entender que se requiere de un tiempo para la socialización intergeneracional del conocimiento. Markus (1985: 22) señala que:

las capacidades y las necesidades humanas desarrolladas en el pasado se encuentran ya, como hadas madrinas, en su forma objetivada, a la cabecera de la cuna, en un mundo en el cual los resultados de toda la precedente evolución social están ya a su disposición en forma material. [Al ser humano] le es posible empezar su desarrollo no en la incoación del primer principio, sino en el punto en que las generaciones anteriores lo han dejado. [...] [Así los seres humanos podrán desarrollar] en sí mismos —en alguna medida— las cualidades humanas específicas que permitan el uso “adecuado” de los objetos del trabajo.

De esta forma, es mediante la interacción con los adultos que los menores pueden adquirir las habilidades más elementales para la vida en sociedad (como tomar de un vaso, ir al baño, etc.), pero además mantener un estado de salud mental y físico sano que contribuya al desarrollo de todas sus capacidades y potencialidades humanas. Si bien el esquema de Maslow no aborda directamente la falta de tiempo para satisfacer las necesidades humanas, cuan-

do se refiere a los factores que pueden provocar insatisfacción en cuanto a la necesidad de vivir con seguridad, destaca el efecto destructor que tiene en los niños, por ejemplo, la ausencia de los padres (que puede deberse a que pasan largas horas en el trabajo debido a la necesidad de generar ingresos); el no vivir en un ambiente seguro, libre de miedo, ansiedad y caos, lo cual a su vez puede resultar del aumento de la violencia por la carencia de oportunidades de empleo; también considera la falta de una vida estructurada, con orden y límites, aspectos que pueden estar relacionados con la ausencia de contacto directo con personas adultas con vínculos afectivos de primer nivel, provocado por razones similares a las ya expuestas.

Boltvinik, por su parte, ubica la carencia de tiempo libre como un limitante para el florecimiento humano, concepto similar al de autorrealización de Maslow. No obstante, reconoce que en el actual sistema de producción es necesario superar la alienación aun en el tiempo libre¹² toda vez que el capital controla la mayor parte de los espacios de consumo destinados a “llenar” ese tiempo. Boltvinik nos dice:

La *pobreza económica* es sólo el primer obstáculo a vencer para que ello [el florecimiento humano] sea posible. Pero es un obstáculo que la inmensa mayoría de los habitantes del planeta no ha superado hoy. Después hay muchos obstáculos más, el más importante de los cuales es la *alienación*. [...] La esperanza de muchos seres humanos, que viven para sobrevivir, está fincada en el *tiempo libre* [...] la mayoría, sin embargo, termina desperdiciando ese valioso tiempo libre frente al televisor viendo programas chatarra que pauperizan su intelecto (Boltvinik, 2005: 419).

¹² El obrero que trabaja bajo las órdenes del capitalista pierde el control del proceso de producción al desarrollarse la división social y técnica del trabajo. En esta etapa, el obrero se presenta como un simple vendedor de su fuerza de trabajo, despojado de la esencia misma de su actividad humana: su capacidad creativa. Al respecto Márkus afirma: “el trabajo, de libre autoactuación, en la que el hombre desarrolla sus propias capacidades, pasa a ser, en las circunstancias de la alienación, una actividad constrictiva, externa, que unilateraliza y deforma al individuo” (1985: 70).

Como se pregunta Boltvinik (2005: 409), si lo único que posee la inmensa mayoría de las personas del planeta, su propio cuerpo y mente, con las capacidades y conocimientos adquiridos, lo usa alguien más por ocho o más horas diarias, ¿qué es la persona? “Si en ese uso que otro hace de sus capacidades humanas, la persona no se siente realizada, no siente sus fuerzas esenciales transformando al mundo y transformándose a sí misma; si sólo siente cansancio y tedio, si siente el producto del trabajo como algo ajeno y es, en efecto, ajeno, ya que pertenece al patrón, qué sentido tiene que la paga recibida sea suficiente para sobrevivir, si al día siguiente, y al año siguiente, será igual. Esto es lo que Marx llamó la alienación.”

Las actividades de ocio no son en sí mismas alienantes. Cabe destacar que una de las reivindicaciones asociadas a la reducción de la jornada de trabajo durante el siglo XIX estaba relacionada con la necesidad, expresada desde varios sectores obreros, de mejorar la educación, lograr una mayor socialización entre los trabajadores y tener más convivencia familiar. Sin embargo, como plantea Toti, los capitalistas vieron con muy malos ojos el tiempo libre ganado por las clases trabajadoras, ya que lo consideraban la madre de todos los vicios, pero sobre todo porque era un tiempo que podía utilizarse para la concientización obrera. Ante la importancia que había adquirido la acción de las organizaciones populares durante el tiempo libre, la burguesía tomó sus medidas, la principal de las cuales fue quitar el control que el movimiento reformador tenía sobre “un cierto número de institutos de cultura obrera, transformándolos en órganos destinados a difundir en el pueblo solamente los conocimientos y las ciencias que se revelaban útiles a la consolidación del orden moral de la burguesía” (1975: 45).

El capital desarrolló también actividades lucrativas que “llenaran” el tiempo libre de los trabajadores. Se creó entonces toda una industria del tiempo libre con sus propias reglas de consumo que, como plantea De Grazia (1994), permitió que “un nuevo grupo apareciera en escena, aquellos cuyos bolsillos se llenaban más rápido si los trabajadores, una vez que terminan su día de trabajo, se convierten en gastadores, gastadores y frívolos” (p. 203).

La moral cristiano-protestante que había sido impuesta por el mundo del trabajo capitalista tuvo que ser modificada, asignándose nuevas normas para el uso del tiempo libre. E. P. Thompson plantea que de acuerdo con esta ideología “es ofensivo que la fuerza de trabajo solamente pase el tiempo” (1967: 91); por tanto, el tiempo debía ser consumido, comercializado, *usado*. Desde esta moral, la sociedad con tiempo libre disponible no puede desperdiciarlo; la industria del entretenimiento

trata por todos los medios de transformar al ciudadano en una termita consumidora permanente, que destruye ininterrumpidamente los productos. La sobriedad tradicional puritana se volvió antieconómica y perdió su esmalte espiritual; el ciudadano virtuoso es el que se configura como un “hedonista” plácido, sometido, alistado (Toti, 1975: 219).

De Grazia (1994: 307) enumera las nuevas reglas creadas según la ideología de consumista del tiempo libre. La primera: toda persona tiene que realizar una actividad que dé evidencia visible de que está haciendo algo; pensar, agrega el autor, en Estados Unidos no se considera una actividad. En segundo

lugar: debe hacer cosas que lo ayuden a mejorar su propiedad mediante el “hágalo usted mismo”; su apariencia, ejercitándose; o realizar cualquier actividad que permita hacer más dinero. Aparecen así los cursos para mejorar, los *hobbies*, la televisión, se cuenta el número de veces que se va al cine, a los museos, se sale de viaje, etc. En este punto, De Grazia pone en duda que el tiempo libre sea efectivamente libre si consideramos que el trabajador tiene que demostrar que está haciendo algo, que existen reglas para el uso del tiempo y que tiene que decidir cada media hora o cada hora de su tiempo “libre” qué hacer.

Para Toti (1975: 150) esta forma de consumo en el tiempo libre fue una manera de organizar la gran matanza del tiempo, que es, al fin de cuentas, el gran suicidio: el tiempo es el enemigo al que hay que matar. El tiempo, es decir, nuestra vida.¹³ Como plantea este autor, la industria del entretenimiento y el consumo crea actividades que llenan y controlan el tiempo vacío de trabajo, produciendo únicamente distracciones, valores muertos que se queman y sólo dejan las cenizas del tiempo.

Además de todo ello, De Grazia pone en duda que la mano de obra disponga de mayor tiempo libre, en comparación con los trabajadores de mediados del siglo XIX, ya que el crecimiento de las ciudades trajo como consecuencia que parte del tiempo “libre” se destine al transporte. Considera también que con la mayor incorporación de las mujeres al mercado laboral, la masa de trabajo global social remunerado ha aumentado proporcionalmente, en lugar de disminuir. Pero resalta que si queda algo de tiempo libre, nuestra moderna sociedad nos ofrece entretenimiento, el cual está dominado por la televisión.¹⁴ Este autor llama a este tipo de actividades “sin pensamiento” (*unthinking*), más

¹³ Toti afirma que “está confirmado por las estadísticas –y los sociólogos del tiempo libre siempre razonan estadísticamente– que durante el tiempo libre se mata no solamente el tiempo, sino también la gente. Los psiquiatras han descubierto que el fin de semana es un periodo crítico para las perturbaciones psíquicas provocadas por la organización social moderna” (1975: 127).

¹⁴ De Grazia (1994: 460-462) presenta un cuadro con datos de mediados del siglo XX sobre el porcentaje de la población de 15 años y más que declaró haber realizado una actividad de ocio la noche anterior. Se observa que el mayor porcentaje (57%) declaró haber visto la televisión. Otros estudios a los que se refiere el autor mostraron, por su parte, que nueve de cada diez hogares tenían un televisor o más, y que 90% de los televisores estaba prendido todas las noches de la semana durante cuatro horas y media en promedio por noche (*ibid.*: 113). En México, según la Encuesta de Uso de Tiempo de 2009, las personas de 12 años y más de edad ven en promedio a la semana 19 horas de televisión, casi media jornada laboral (ver Damían y Figueroa, en prensa).

que pasivas, ya que el individuo se vuelve un simple espectador. Toti, por su cuenta, resalta el papel que tiene el control que ejercen los grandes monopolios de la cultura sobre la población al proporcionar “productos culturales de la clase dominante, despersonalizados, anestésicos, hipnotizantes como la televisión actual [que] penetran diariamente en el corazón mismo de las instituciones, de las casas obreras y en las capas avanzadas de la población” (1975: 46).

De ahí la relevancia de la propuesta de Boltvinik (2005) de superar la alienación en el tiempo libre. Pero ello implica que en el capitalismo, en escalas individual y societal, la clase subordinada tiene que ganar, al tiempo de trabajo, el necesario para alcanzar el ocio, a fin de disfrutar del florecimiento humano a nivel global. Para Toti (1975) las limitaciones que se imponen en el sistema capitalista quedan de manifiesto en la existencia de un pequeño grupo de “hombres cuyo trabajo es el fruto de su libre elección en un alto nivel intelectual –artistas, científicos, políticos– [que] nunca se acogen al retiro y se mantienen en un trabajo durante toda la vida, diferenciando muy poco el trabajo del tiempo libre” (Toti, 1975: 200). Se trata de hombres y mujeres que han superado la alienación y que, por tanto, han alcanzado lo que Boltvinik (2005) llama florecimiento humano.¹⁵

El principal obstáculo, entonces, se finca en las relaciones sociales, que imponen formas de producción y consumo altamente alienantes. Modificar ello supondría eliminar una de las características del sistema capitalista actual: la apropiación y el control que ejercen las clases dominantes del tiempo de las clases subordinadas. Pero para ello se deberá hacer frente a la resistencia de los capitalistas que, como planteaba Marx, siempre buscaron formas para extender la cantidad de tiempo de trabajo que se apropiaban, incluyendo el engaño y la trampa. Por ejemplo, cuando se aprobó la reducción de la jornada de trabajo de 12 a 10 horas diarias, los capitales eliminaron de la cuenta neta de la jornada laboral el tiempo destinado a la alimentación y el descanso, por lo que en los hechos el número de horas trabajadas quedó casi intacto y, con ello, el derecho a descansar y tomar alimentos quedó fuera del tiempo remunerado (1999 [1867]: 345), cuestión que no era así previamente.

La capacidad que tiene el capital de apropiarse de toda la vida laboral del trabajador responde a las características en las que se dan las relaciones sociales de explotación. De acuerdo con Marx, en este modo de producción:

¹⁵ Cabe aclarar que Boltvinik no desecha la posibilidad de alcanzar el florecimiento humano realizando actividades del ámbito doméstico, como la crianza de menores y cocinar, o bien en áreas como el trabajo comunitario. Pero para que ello sea así es necesario también tener satisfechas el resto de necesidades humanas.

de la naturaleza del intercambio mercantil (que se da cuando el trabajador vende su fuerza de trabajo al capitalista) no se desprende límite alguno de la jornada laboral, y por tanto límite alguno del plustrabajo. El capitalista, cuando procura prolongar lo más posible la jornada laboral y convertir, si puede, una jornada en dos, reafirma su derecho en cuanto comprador. Por otra parte, la naturaleza específica de la mercancía vendida trae aparejada un límite de consumo que de la misma hace el comprador, y el obrero reafirma su derecho como vendedor cuando procura reducir la jornada laboral a determinada magnitud normal (1999 [1867]: 282).

Como aclara el autor, la prolongación desmesurada de la jornada laboral, que respondió a la hambruna de plustrabajo que experimenta el capitalismo desde sus orígenes, no es exclusiva de este sistema, pero la diferencia estriba en el deseo de obtener cada vez una mayor cantidad de plusvalor debido a que en nuestra sociedad el valor de cambio impera sobre el valor de uso, lo que lleva a los capitalistas a instrumentar formas salvajes de extracción de una mayor cantidad de plustrabajo. De acuerdo con Marx:

cuando en una formación económica-social no prepondera el valor de cambio sino el valor de uso del producto, el plustrabajo está limitado por un círculo de necesidades más estrecho o más amplio, pero no surge del carácter mismo de la producción una necesidad ilimitada de plustrabajo (1999 [1867]: 282).

A un siglo y medio de que Marx resaltara las formas depredadoras de explotación en el capitalismo tenemos que millones de personas continúan teniendo trabajos pesados, desgastantes, rutinarios y padeciendo largas jornadas laborales. Estamos pues ante un panorama en el que la fuerza de trabajo se agota o se aburre en sus jornadas laborales. Además, los trabajadores sufren un desgaste físico y emocional como consecuencia de las aglomeraciones y del tiempo que les toma transportarse al trabajo. De esta manera, literalmente gastan la mayor parte de su vida, sus años más valiosos, en actividades poco gratificantes y, como decíamos, una buena parte de su tiempo libre lo pasan en actividades alienantes y pasivas, como mirar la televisión.

Recordemos además que en la era actual, dominada por las constantes crisis, el desempleo obliga a los individuos a vivir en “ocio” forzado y frustrante. En Europa la tasa de desocupación se ha mantenido en niveles altos desde 2008 y actualmente (2013) se ubica en 12.2%, con países en los que llega a afectar a un cuarto de la población económicamente activa (26.9% en España

y Grecia, seguidos por Portugal, 17.6%; Croacia, 16.5%; Eslovaquia, 14.2%, e Irlanda con 13.6%).¹⁶

LA DISPONIBILIDAD DE TIEMPO PARA EL OCIO, BASE DE UNA NUEVA SOCIEDAD

En el marco de la discusión anterior, podemos argumentar que nuestra sociedad requiere una redefinición de los elementos que constituyen lo que es el buen vivir. Coincidimos con los autores aquí citados, en el sentido de que no es el nivel de ingreso o el número de bienes lo que determina el bienestar y desarrollo, sino la posibilidad de que los individuos puedan llevar a cabo una actividad valiosa, cuyo fin último no sea el consumo, sino el despliegue de todo su potencial humano. La disponibilidad de tiempo para el ocio es uno de los elementos fundamentales para el logro de este objetivo, pero, para que la sociedad en su conjunto pueda disponer de éste se requiere: 1) reducir, mediante el uso racional de la técnica, el tiempo dedicado al trabajo obligado, es decir, al destinado a asegurar la reproducción social y material, y 2) establecer un ingreso ciudadano universal, cuyo otorgamiento se regiría por los principios de los derechos humanos, que al plantearse como universales, sus titulares son todas las personas, sin ningún tipo de discriminación y sin que medie condición alguna para su otorgamiento. Al ser universal lo recibirían ricos y pobres, hombres y mujeres, sean éstos trabajadores o desempleados; niños, jóvenes, adultos y ancianos, todos por igual.

Esto podría ser posible en la medida en que el desarrollo tecnológico se ponga al servicio del ser humano, para liberarlo del trabajo alienante y extenuante. Si se logra liberar al ser humano del yugo de la necesidad, se le liberaría de su dependencia del empleo como condición de sobrevivencia y con ello se abriría la posibilidad de que efectivamente se experimente un verdadero desarrollo humano en el que las mujeres y los hombres, las niñas y los niños, puedan llevar una vida digna, sin miedo y desarrollen así toda su creatividad (inventar, pintar, escribir, filosofar, etcétera).

El derecho al ingreso sin que medie una forma de empleo asume dos realidades. La primera es que, en el sistema actual de producción, cada día hay un número relativamente menor de puestos de trabajo y, por tanto, es difícil garantizar el empleo para todos. La segunda es que se reconoce que todos somos

¹⁶ Datos provenientes de Eurostat, <epp.eurostat.ec.europa.eu/tgm/table.do?sessionid>, julio de 2013.

ciudadanos del mundo y que nos corresponde como tales una renta por el uso de los recursos de la tierra. Por tanto, este ingreso permitiría no depender de un empleo para la sobrevivencia, con lo que se ampliaría la autonomía individual y colectiva, potencializando las capacidades del ser humano, al permitirle elegir entre los empleos que fuesen más satisfactorios.

Otorgar un ingreso ciudadano resultaría más legítimo y eficaz que mantener esquemas basados en prestaciones selectivas y condicionadas, al estilo del programa *Oportunidades*. De esta forma, el derecho universal a un ingreso digno se concibe como un mecanismo que garantice el derecho social a la existencia autónoma; sería pues “un complemento, pero no dependiente, de la eventual vinculación al mercado laboral remunerado o de otras prestaciones sociales de las que se pueda disfrutar” (Gerardo Pisarello, citado en Concha, 2007).¹⁷

El establecimiento del universalismo básico contempla garantizar también servicios sociales universales (educación, salud, vivienda, entre otros, véase Molina, ed., 2006). Para la consecución de estos objetivos se requiere que los gobiernos y los organismos internacionales promuevan reformas tributarias progresivas para lograr una mejor distribución de los recursos existentes y asegurar así que la población pueda acceder a los satisfactores socialmente necesarios para vivir dignamente. Estas reformas deben considerar una modificación de las variables que determinan la distribución funcional del ingreso. Pero también se deben impulsar políticas que permitan mejorar la distribución del recurso tiempo, que es otra de las variables que inciden significativamente en la polarización social. Una mejor distribución del ingreso y del tiempo permitirá que un mayor número de personas logre desarrollar todas sus potencialidades y capacidades humanas.

De igual forma, se necesita que la política social se ocupe de la creación de alternativas y espacios para el disfrute del ocio, ya que no podemos soslayar que el capital controla la oferta de actividades destinadas al ocio y, como observaba Gianni Toti

las clases subalternas son mantenidas en un nivel cultural bajo, o sea, en el nivel de una recreación al estado puro, sin preocupaciones informativas ni culturales, en el nivel de la *diversión*, o sea, de la divagación, de la distracción, y no de la atención ni la contemplación (1975: 258).

¹⁷ De igual forma, podríamos satisfacer otras necesidades que han sido negadas o menospreciadas socialmente, como la de jugar o bien tener actividades sin ningún propósito más allá del entretenimiento presente, necesidades éstas que a veces sólo reconocemos (y de manera acotada) a los niños, desconociéndolas para quienes han dejado de serlo (Russell, 2007 [1935]: 22).

Este tipo de acciones gubernamentales permitiría que individuos, aun los que padecen pobreza, puedan desarrollar sus capacidades humanas. Por ejemplo, en Venezuela, desde 1975 se creó el programa del Sistema Nacional de las Orquestas Juveniles e Infantiles en los barrios pobres de ese país, el cual ha producido orquestas de calidad internacional, además de que el sistema se ha puesto en marcha, de manera parcial, en algunos países del mundo. El nivel de florecimiento humano que pueden alcanzar los individuos cuando se proporcionan de manera pública los medios para desarrollar aptitudes, en este caso la música, se vuelve patente con el éxito que ha logrado el joven director Gustavo Dudamel, quien obtuvo su educación musical en dicho programa. La calidad y cantidad de músicos que han surgido de ese experimento nos hace suponer que no conocemos las capacidades y potenciales reales que tendrían los seres humanos en una sociedad en la que todos los individuos tuviesen asegurada la sobrevivencia, con condiciones aceptables de bienestar en relación con indicadores como salud, educación, nutrición, vivienda, etcétera, y con los medios para desarrollar su creatividad. Podríamos tener una sociedad creadora del arte, del bien vivir, de la ayuda mutua, de la cooperación.

Asimismo, plantearse la existencia de una sociedad del ocio requiere una reforma educativa, puesto que, para que una sociedad del ocio pueda ser feliz, debe estar conformada por una población educada, con una visión de gozo mental y de crítica (Russell, 2007 [1935]: 23). Ciertamente, como plantea este autor:

una reforma educativa radical es necesaria si el conocimiento, aprendizaje y sabiduría serán valuadas en sí mismas, y el ocio, el juego y el tiempo libre remplazarán al trabajo como las actividades valiosas. Se requiere de un conocimiento que inspire a una concepción de los fines de la vida humana como un todo: arte e historia, conocimiento de la vida de individuos valiosos, y algún entendimiento de la extrañamente accidental y efímera posición del hombre en el cosmos —todo esto con un toque con emoción de orgullo en lo que es distintivamente humano, el poder de ver y entender, de sentir magnánimamente y pensar con entendimiento. Es a través de amplias percepciones combinadas con emoción impersonal que la sabiduría está más pronta a florecer (Russell, 2007 [1935]: 26-27).

Pero mientras que no se generaliza el ingreso ciudadano, la ampliación de la disponibilidad de tiempo libre tendría que ser un objetivo en el avance de nuestra idea de progreso o desarrollo. No obstante, es necesario establecer mecanismos para que de manera paulatina se implemente la universalidad del ingreso ciudadano, empezando quizá con la necesidad alimentaria y ele-

vándola hasta el punto de lograr la total desmercantilización de la fuerza de trabajo. Al mismo tiempo, se podría reducir gradualmente la jornada laboral hasta, por ejemplo, cuatro horas diarias, como plantea Russell, lo cual aseguraría que más personas tuvieran un trabajo (en el sentido antropológico) y que los individuos calificados se dediquen a actividades socialmente necesarias (educación, salud, gobierno, etcétera). De igual forma, se podría garantizar que los trabajos menos satisfactorios se distribuyeran más equitativamente, estableciendo formas de designación de tareas con base en las características de la población, por ejemplo, como plantea Matilde Asensi en el mundo utópico de su novela *Todo bajo el cielo*:¹⁸ la población más joven podría llevar a cabo tareas que impliquen mayor fortaleza física, pero sólo podrían dedicarse a éstas por un tiempo limitado, de tres a seis meses, por ejemplo.

No nos cabe duda de que para que estas reformas se lleven a cabo es necesario comprometer a las élites nacionales e internacionales, las cuales tendrían que aceptar la reducción de sus privilegios. Esto implicaría aplicar mayores impuestos a la riqueza y al uso de los recursos naturales, así como el establecimiento de mecanismos para que sea exigible el derecho de los trabajadores a llevar una vida digna.

BIBLIOGRAFÍA

- Altimir, Oscar (1979). *La dimensión de la pobreza en América Latina*, CEPAL, Santiago de Chile.
- Bauman, Zygmunt (2000[1998]). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Editorial Gedisa, Barcelona, España.
- Boltvinik, Julio (2005). *Ampliar la mirada. Un nuevo enfoque de la pobreza y el florecimiento humano*, tesis para obtener el doctorado en ciencias sociales, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Occidente.
- _____ (2007). "Elementos para la crítica de la economía política de la pobreza", *Desacatos*, núm. 23, (De la pobreza al florecimiento humano: ¿teoría crítica o utopía?), CIESAS, enero-abril.
- Burchardt, Tania (2008). "Time and Income Poverty", CASE Report, núm. 57, Centre for Analysis of Social Exclusion, London School of Economics, November.

¹⁸ No se desconoce que habría actividades, como el participar en el ejército, que tampoco serían atractivas para la población. No obstante, consideramos que idealmente la sociedad del ocio no requerirá de ejércitos ni de fronteras.

- Capgemini y Merrill Lynch Global Wealth Management (2011). *World Wealth Report*, 2011.
- Chen, Shaohua y Martin Ravallion (2008). "The Developing World Is Poorer Than We Thought, But No Less Successful in the Fight against Poverty", *World Bank Policy Research Working Paper*, Núm. 4703, World Bank Development Research Group, Washington, Estados Unidos, agosto.
- China Labor Watch (2012) An Investigation of Eight Samsung Factories in China: Is Samsung Infringing Upon Apple's Patent to Bully Workers?, septiembre 4, <<http://www.chinalaborwatch.org/pro/proshow-177.html>>.
- Citro, Constance F. y Robert T. Michael (1995). *Measuring poverty. A new approach*, Washington, D.C., National Academy Press.
- Concha, Miguel (2007). Texto expuesto en la presentación del libro *Derecho a la existencia y libertad real para todos*, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Secretaría de Desarrollo Social.
- Damián, Araceli (2007). "El tiempo necesario para el florecimiento humano. La gran utopía", *Desacatos*, núm. 23, CIESAS, enero-abril, pp. 125-146.
- Dávila, Delia (2001). "The Impact of Export-Oriented Manufacturing on Chinese Women Workers", Paper prepared for the United Nations Research Institute for Social Development (UNRISD), Project on Globalization, Export-Oriented Employment for Women and Social Policy, septiembre.
- De Grazia, Sebastian (1994 [1962]). *Of Time, Work and Leisure*, Vintage Books, Nueva York.
- Desai, Meghnad (2000). "Well being or welfare?", en Neil Fraser y John Mills (eds.), *Public Policy for the 21st Century*, Policy Press, Bristol.
- Echeverría, Bolívar (2006). *Vuelta de siglo*, Ediciones Era, México.
- Garfinkel, Irwin y Robert Haveman (1977). "Earning Capacity, Economic Status, and Poverty", *The Journal of Human Resources*, vol. xii, núm. 1, Winter, The University of Wisconsin Press, Madison, pp. 48-70.
- Goodin, Robert E. et al. (2008). *Discretionary Time. A New Measure of Freedom*, Cambridge University Press, Gran Bretaña.
- Gordon, Dave et al. (2000). *Poverty and Social Exclusion in Britain*, Joseph Rowntree Foundation.
- Gorz, Andre (1998 [1997]). *Misericordias del presente, riqueza de lo posible*, Paidós, Buenos Aires.
- Gottlieb, Anthony (2007). "Prefacio", en Russell, Bertrand (1935/2007), *In Praise of Idleness*, Routledge Classic.
- Harrington, Michael (1962/1963). *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos*, Colección Popular, México, Fondo de Cultura Económica.

- INEGI (2012a). *Módulo de Trabajo Infantil 2011, Documento metodológico*, México.
- _____ (2012b). *Módulo de Trabajo Infantil 2011. Presentación de resultados*, México.
- Jacobs, Jerry A. y Kathleen Gerson (2004). *The Time Divide. Work, Family and Gender Inequality*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, London, England.
- Krugman, Paul (2013). "Sympathy for the Luddites", *New York Times*, <www.nytimes.com/2013/06/14/opinion/krugman-sympathy-for-the-luddites.html?_r=1&>, 13, junio.
- Linder, Staffan B. (1970). *The Harried Leisure Class*, Columbia University Press.
- Márkus, György (1985 [1971]). *Marxismo y "Antropología"*, Editorial Grijalbo, México.
- Maslow, Abraham (1943). "A Theory of Human Motivation", *Psychological Review*, vol. 50, pp. 370-396.
- (1987 [1954]). *Motivation and Personality*, Longman, Nueva York.
- Marx, Karl (1999 [1867]). *El capital*, Siglo XXI Editores (Col. Biblioteca del Pensamiento Socialista, 1ª. ed. en español, 1975), México, España.
- Molina, Carlos Gerardo, ed. (2006). *Universalismo básico. Una nueva política social para América Latina*, Banco Interamericano de Desarrollo.
- Nolan, Brian y Christopher T. Whelan (1996). *Resources Deprivation and Poverty*, Clarendon Press, Oxford.
- Piachaud, David (1987). "Problems in the Definition and Measurement of Poverty", *Journal of Social Policy*, vol. 16, núm. 2, Cambridge University Press, Nueva York, pp. 147-164.
- Pogge, Thomas (2009). "Reconocidos y violados por el derecho internacional, los derechos humanos de los pobres globales", en Pogge, Thomas, *Hacer Justicia*, Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, pp. 113-163.
- Russell, Bertrand (2007 [1935]). *In Praise of Idleness*, Routledge Classic, Londres.
- Thompson, E.P. (1967). "Time Work-Discipline, and Industrial Capitalism", *Past & Present, A Journal of Historical Studies*, núm. 38, diciembre, The Past and Present Society, pp. 56-97.
- _____ (1967). "Time Work-Discipline, and Industrial Capitalism", *Past & Present, A Journal of Historical Studies*, núm. 38, diciembre, The Past and Present Society, pp. 56-97.
- Toti, Gianni (1975 [1961]). *Tiempo libre y explotación capitalista*, Ediciones de Cultura Popular, México.

- Townsend, Peter (1979). *Poverty in the United Kingdom*, Penguin, Gran Bretaña.
- Vickery, Clair (1977). "The Time-Poor: A New Look at Poverty", *The Journal of Human Resources*, vol. XII, núm. 1, Winter, The University of Wisconsin Press, Madison, pp. 27-48.
- Whiteford, Peter y Leslie Hicks (1993). "The cost of lone parents", en Jonathan Bradshaw (ed.), *Budget Standards for the United Kingdom*, Ashgate, Gran Bretaña, pp. 216-217.
- Woodhouse, Howard (2007). *Introduction*, en Russell, Bertrand (1935/2007), *In Praise of Idleness*, Routledge Classic, Londres (primera impresión en la editorial, 2004), pp. xi-xxiii.